

que viene de mas arriba, y que destruye perversamente en su alma su natural construccion.

El sabio, por el contrario, bebe en su ciencia una vanidad que lo separa de la fe; se imagina que él es el creador de sus pensamientos, el astro de su inteligencia, la medida del mundo y de Dios, y si en tan vastas especulaciones tropieza con una sombra que lo detiene, ataca mas bien á la verdad que á su razon, y siente un pueril desprecio por las leyes que no comprende. Dios aborrece y desdena á ese pigmeo que lo juzga y lo rechaza; se complace en confundir sus designios, turbar sus nociones, convertirlo en juguete de una credulidad histórica, en monumento de locura, á no ser que llegue un dia en que la duda de todo lo conduzca á la duda de sí mismo, y un rayo de humildad le vuelva el Dios de los pequeños y los sencillos. Así se explica, señores, lo que decia poco ha de los hombres de bien segun el mundo, que viven apartados del cristianismo mientras que algunos malvados y mujeres perdidas entran en él á velas desplegadas: estos se menosprecian, aquellos se estiman, y los unos y los otros cumplen, aunque de diversa manera, la palabra de la Escritura: *Dios rechaza á los soberbios y da su gracia á los humildes.*

Ya lo veis pues, entre la accion de la justicia determinada por el mérito, y la accion de la bondad pura determinada solamente por sí misma, existe en Dios un tercer orden de acciones que tiene por móvil la conveniencia. Este es el *quod decet* de los antiguos. Él representa en todas las obras divinas un papel considerable, que convenia señalarlos. Porque Dios no haya prometido nada, ni deba nada, no se deduce que sus dones no tengan otra regla que la arbitrariedad. La conveniencia le indica soluciones, y si me preguntais lo que es, os responderé que es el término medio entre la justicia y la bondad. La justicia supone un derecho, la bondad un don gratuito, la conveniencia una razon para hacer lo que no es todavía un título. El mas frecuente y sensible ejemplo que tenemos en la materia que nos ocupa, es la aplicacion del mérito de los abuelos á su posteridad.

Sujetándose al rigor del derecho, el mérito sobrenatural no es reversible á otro, puesto que la gracia, que lo produce, no se trasmite hereditariamente. La sangre, la forma, la vida, las aptitudes naturales pasan de padres á hijos, y así tambien disposiciones mas ó menos felices para el orden sobrenatural, pero no el orden sobrenatural mismo en su sustancia y accion. Sin embargo, á causa de la unidad moral que liga los antepasados con su descendencia, Dios toma en cuenta á las generaciones la gracia de los que las han

precedido y producido, aun en largos intervalos de tiempo. Él reconoce á Abraham en Isaac, á Isaac y Abraham en Jacob; se recuerda, viendo al nieto, lo que ha hecho por él el abuelo, y cuando el hombre es impotente para encontrar las huellas de lo pasado, Dios discierne todavia en él motivos de desgracia, y sobre todo de favor, como lo decia en el Sinaí, con estas famosas palabras: *Yo soy el Señor tu Dios, fuerte, celoso, visitando la iniquidad de los padres en los hijos hasta la tercera generacion de aquellos que me aborrecen, y teniendo misericordia hasta la milésima generacion de aquellos que me aman, y guardan mis mandatos* (1). Por eso estimaban tanto los patriarcas la bendicion de sus padres, convencidos de su eficacia en el corazon de Dios, hasta tal punto que dándola de una manera desigual colocaban en diferentes grados de gracia á su posteridad.

Todos estamos, señores, bajo esta ley de la solidaridad sobrenatural, y aunque no tenga por base un derecho estricto, no obstante, se aplica constante y considerablemente en el gobierno de la Providencia, segun se vé á cada paso en los libros santos. Nuestros padres han trabajado por nosotros en los dos órdenes, en el orden del tiempo y en el de la eternidad; ellos han abierto, en el cielo y en la tierra, el surco de nuestras vias, y nosotros encontramos en el camino las plantas amargas ó las plantas fecundas que han sembrado para nosotros. Nosotros somos herederos de la gracia como de la sangre, aunque con títulos diversos, y lo que han sido para nosotros nuestros mayores, nosotros lo seremos á nuestra vez para las generaciones que saldrán de la nuestra. Nosotros les legaremos un tesoro de bien ó de mal que les ensanchará el camino de la gloria, ó se lo hará mas estrecho y penoso. Y con este motivo, señores, permitid que dé un consejo á los que no han encadenado con los lazos del matrimonio su primera libertad. Qué sepan que unirse á una familia es unirse á bendiciones ó maldiciones, y que el dote verdadero no es el que se escribe en el papel. El dote verdadero, solo Dios lo conoce. Pero los hombres, ayudados por la memoria, lo pueden conocer tambien un poco. Buscad, pues, no el oro visible, sino el oro invisible; preguntad si la sangre que va á unirse con la vuestra contiene tradiciones de virtudes humanas y divinas, si ha sido purificada largo tiempo por los sacrificios del deber, si la mano que vais á recibir se ha juntado con la otra para invocar á Dios, si las rodillas que van á doblarse ante el altar con las vuestras están

(1) Exodo, cap. 20, vers. 5 y 6.

acostumbradas á humillarse así con alegría. Preguntáos si el alma es rica en Dios. Remontáos en cuanto podais en su historia hereditaria, á fin de que, siendo exploradas todas las raíces como una mina en que vuestro destino va á echar raíces detrás de vosotros, sepais lo que pesa en la presencia de Dios la generacion extraña que va á incorporarse á la vuestra, para formar una sola para vuestra posteridad. Si le falta visiblemente la auréola de la santidad, huid al otro polo, aunque os traiga los tesoros del mundo, y no confundais en una alianza adúltera largas bendiciones con largas maldiciones. ¡Ay! si se elevan del seno de las familias tantos gemidos mas fuertes que el pudor, es porque al formarlas un dia se habia contado el dote de tierra y no el del cielo.

El primer fenómeno de la gracia considerada en su distribucion visible, es la desigualdad; el segundo que debo explicaros, es el progreso.

Nuestra vida comienza por un estado sordo, irresponsable, en el que la gracia y la razon parece que duermen en las envolturas de nuestra cuna. No tenemos en nosotros mas que gérmenes, y nosotros mismos no somos mas que un germen, cuya oculta actividad se desarrolla lentamente bajo la inspiracion de los dos mundos á que pertenece nuestra alma. En fin, despues de largas preparaciones, el alma del hombre se inaugura en nosotros por medio de un sacudimiento; nuestro pié golpea la tierra, como el caballo que acaba de conocer su fuerza, y nosotros nos precipitamos en el misterio del bien y del mal con la plenitud del instinto y de la libertad. En este momento, el primero de nuestra carrera, nos hallamos provistos de una gracia que yo llamaré la gracia de posibilidad, es decir, que el pecado persigue nuestra juventud con la suya con un fervor que nos deja estrictamente poder para desobedecerlo. Todo jóven lo siente; todos, h́jos de esta época, habeis conocido vuestra debilidad contra una pasion sangrienta que reúne en sí lo mas dulce y lo mas vil; lo mas dulce porque toca á los afectos del corazon, lo mas vil, porque cae naturalmente en el fango de las voluptuosidades. Esa es vuestra herida: grande, profunda, y si os es concedida la gracia para cicatrizar sus encantos, es una gracia, jóven como vosotros, que no ha madurado todavía en los combates del bien. Ella os habla, ella os toca, ella os hace libres; pero como no es mas que una primera y virginal emanacion de la bondad divina, como no le habeis impreso por medio de una larga correspondencia el carácter de la virtud, solo os ofrece por ayuda la accion sobriamente eficaz que os es necesaria para ser capaces de resistir.

¡Ah! llorad vuestra edad, pero no desesperéis de ella. Evitad sobre todo un error; no os digais: Yo amaré á Dios y lo serviré mas tarde; yo lo amaré y lo serviré cuando la pasion de los sentidos se entibie en mi ardoroso seno. Porque en vano aguardaríais ese momento de paz, que no viene por sí solo con el trascurso de los años. El tiempo no fortifica en los seres mas que lo que encuentra en ellos, y si solo encuentra el vicio, él lo sella mas profundamente de dia en dia. No os figureis que el anciano respira bajo sus cabellos blancos la calma de una templanza que le sea como innata: esto solo se verifica en el hombre que ha combatido sus pasiones desde la aurora de su libertad, haciéndoles tomar hácia el cielo un camino tanto mas seguro cuanto mayor era su esfuerzo para abrírselo. Pero el hombre que ha abandonado cobardemente las riendas de su alma, que ha confiado en la edad y no en la virtud, ese no recibe de la vejez mas que oprobio en vez de auxilio. Los resortes de su voluntad, aflojados por la falta de hábitos imperiosos, son incapaces de gobernarlo, y su inteligencia, corrompida por las imágenes seculares de la voluptuosidad, arranca á sus huesos un humo que lo embriaga, y ni siquiera le permite pedir al sueño la pureza que le niega el dia. No volvais, pues, vuestras esperanzas hácia el tiempo: el tiempo solo os traerá la madurez de vuestros vicios ó de vuestras virtudes. Comenzad en vosotros, desde ahora, el reinado de las cosas que amais, el reinado del bien, si acaso consagrais vuestro amor al bien. Este reino os será costoso. La lucha es el carácter de la edad espiritual en que os hallais, pero una lucha fecunda, en que cada victoria os dará mayor fuerza para vencer, y clavará mas profundamente el áncora de vuestros destinos en el suelo de la eternidad.

Grande es aquel momento en que el alma recibe por último de Dios la recompensa de los largos esfuerzos de su juventud, y en que la gracia de equilibrio sucede á la gracia simple de posibilidad. En este nuevo estado, la pasion se deja sentir todavía, dirige contra nosotros la punta antigua y demasiado conocida de su aguijon: pero tropieza con una carne lentamente purificada por la virtud, con huesos llenos de honor, con una memoria que ocupa Dios, con un templo, donde reside el Espíritu santo como un sitio que le es familiar, y de ese modo, á pesar de la fuerza viva aun de las inclinaciones corrompidas, el cristiano presiente su imperio definitivo, y puede exclamar con san Pablo en la verdad de su alegría: *Nosotros, con la faz descubierta, contemplando la gloria del señor, nos he-*

mos transformado con él en una misma imagen, y vamos de la claridad á la claridad por el soplo de Dios (1).

Y no pára ahí el progreso de la gracia, en aquellos á lo menos que van hasta el cabo de su eleccion, y que, fieles en el tiempo del equilibrio, como lo habian sido en el tiempo de simple posibilidad, recogen de su paciencia los últimos tesoros de una vejez divina. Entonces es cuando caen en estos bienaventurados las sombras que les quedaban de la vida; sus ojos abiertos ven las verdades de la fe con lágrimas dulces y resplandecientes; ya no pueden sentir, ni quejarse, ni maldecir, hasta tal punto es inaccesible su corazón á las amarguras de la vida, y en vez de esa juventud turbulenta que los ha mecido tantas veces al borde de los precipicios, se levanta para ellos del fondo de su alma una juventud pura, sencilla, estable, como un crepúsculo de la eterna juventud de Dios. Yo diré que ya no tienen virtudes, porque no luchan, y porque el amor mana en ellos de una fuente que destierra todo pesar. ¿Buscáis en alguna parte restos de sus pasiones? Ya no quedan mas que despojos dispersos é inofensivos, vencidos que besan la mano de su señor, pudiéndose decir de ellos, al ver su respeto, lo que decia el poeta de los asesinos de Coligny:

Y de sus asesinos el gran hombre rodeado,
Parecia un monarca por su pueblo adorado.

Tales somos, señores, cuando despues de habernos servido bien de la gracia de posibilidad y de la gracia de equilibrio, obtenemos de Dios por nuestra fidelidad la gracia superabundante, que corona en la tierra el ciclo del progreso divino.

Este ciclo corona sus fases con mas ó menos rapidez, y su punto de partida como su curso es infinitamente diverso, segun lo que Dios da, y la manera con que el hombre corresponde. Algunos no traspasan jamás la época de posibilidad; otros llegan solo á la época del equilibrio; estos van con mas celeridad, aquellos con mas lentitud. Pero la ley del progreso se manifiesta y produce sus resultados en todos, apénas se junta el tiempo con la gracia.

¿Cuál es la razon de esto? Fácil es decirla, señores, y yo la diré con una palabra: así como la desigualdad es un elemento del orden,

(1) 2ª Epistola á los Corintios, cap. 9, vers. 18.

el progreso es un elemento de la perfeccion. Con efecto, Dios es la perfeccion, y todo ser, alejado de Dios hasta lo infinito, se encuentra consiguientemente á una distancia infinita de la perfeccion. Quiere tender hácia ella, como tiene derecho y obligacion de hacerlo, es preciso necesariamente que suba por grados, y cada paso que da en esta via, aumentando un poco su mérito y su virtud, determina en él este movimiento de ascension que se califica en todas las lenguas con el nombre de progreso. Se puede concebir un tránsito repentito del mal al bien, del bien á lo mejor, y que un hombre llegue de una vez al término de su progreso espiritual. Pero, aunque haya en efecto ejemplos de conversiones súbitas, al menos en la apariencia, no hay almas que lleguen el primer dia al apogéo de su santificacion, sin mas trabajo para despues que girar en el círculo monotono de una virtud circunscrita fatalmente. ¿Porqué no se elevarian mucho mas? ¿Han llegado, por acaso, á la plenitud que está en Dios, modelo suyo, y autor de su vocacion? No, sin duda; cualquiera que sea la altura á que hayan llegado, siempre resuena en su oido la palabra del maestro: *Sed perfectos como es perfecto vuestro padre celestial* (1). Y esta otra palabra: *Que aquel que es justo, se justifique mas, que aquel que es santo se santifique mas* (2). Aun cuando una inteligencia recibiese del cielo una efusion de gracia mayor que la de los apóstoles y los mártires, aun cuando naciese en estado de santidad, siempre estaria sujeta á la ley del progreso, porque siempre tendria por tipo y por término la excelencia infinita de Dios.

Además, el progreso, en su curso ordinario, se verifica lenta y gradualmente. La gracia, como la naturaleza, *no procede por saltos*; como la planta crece de una manera insensible, como el fruto se colora y madura con paciencia, como la hora marcha en el cuadrante con paso igual, la gracia y la virtud edifican en el alma una casa que no es obra de un momento, sino el trabajo cotidiano de la eternidad. La razon de esto es que Dios solo, á causa de su omnipotencia, puede obrar en todas partes á la vez, y crear instantáneamente una cosa perfecta; la criatura, limitada por su esencia, va paso á paso, nudo á nudo, y sea obrero, sea caminante, no ejecuta su obra ni recorre el espacio sino por medio de esfuerzos consecutivos. Indudablemente hay dias singulares, iluminaciones rápidas y sublimes trasportes; pero eso es una gracia excepcional, y así y

(1) San Mateo, cap. 5, vers. 48. — (2) Apocalipsis, cap. 22, vers. 11.

todo suele ser fruto de una fuerza reunida lentamente en el fondo del vaso entre el hombre y Dios.

La ley del progreso y la ley de la desigualdad, derivadas de las leyes fundamentales del gobierno divino, resumen el procedimiento de Dios con relación á las almas, y explican su derecho, utilidad y bondad. Porque la desigualdad es un elemento necesario del orden, y el progreso un elemento necesario de la perfección. ¿Y qué puede querer Dios en todas las cosas sino el orden y la perfección? Observad por otra parte que, por una admirable coincidencia metafísica, el progreso encierra por su naturaleza una compensación de la desigualdad. Tal que ha recibido menos, puede, ayudado por el progreso, levantarse á la altura del hombre que ha recibido mas, y la prueba la vemos á menudo tanto en el orden natural, como en el orden sobrenatural. Un hombre viene al mundo rico, poderoso, heredero de un gran nombre; otro entra en él pobre y despreciado. Es la ley de la desigualdad que se manifiesta; pero dejad obrar al tiempo. Muy pronto el hijo de la fortuna se fascina con su nacimiento, y vegeta entre la molición y la adulación, incapaz de aplicarse á estudios viriles ni á generosos movimientos. Se deja llevar por la corriente de las puerilidades, los alhagos de sus parientes, el celo de sus servidores, á la falaz abundancia de una vida que no le cuesta nada en lo presente ni le amenaza para su porvenir; poco á poco su personalidad se enerva, y el hijo de los antiguos héroes es todo lo mas un hombre amable, pero amable solo á los ojos de los que no buscan la virtud en la belleza. El pobre, por el contrario, conoce muy temprano su debilidad y sus necesidades; él aprende en los rudos años de su padre la suerte que la Providencia le ha deparado, y si la fe lo preserva de la envidia, como la necesidad lo priva del reposo, él acostumbra su corazón á los pensamientos firmes, su inteligencia á una cultura severa, y su trabajo á la preparación perseverante de un porvenir mejor. Al fin descubre y llega á ese día, y su elevación ocupa en las páginas ocultas en que escribe la Providencia el lugar que ha dejado vacante la ausencia voluntaria de un hijo de Anibal ó de Escipion. Lo mismo sucede en el orden sobrenatural: una gracia pequeña fructifica en una alma poco favorecida, al paso que dones maravillosos se pierden en una alma ingrata, engañada por la grandeza misma de su elección.

Abandonemos pues, Señores, nuestras quejas contra el gobierno de la Providencia. Todos hemos recibido el germen de la vida eterna y socorros suficientes para desarrollarla en nosotros. Las gracias

mas preciosas, concedidas á otros, pertenecen á toda la Iglesia, y por consiguiente son nuestro patrimonio, del mismo modo que nuestra parte entra en el tesoro comun para edificar la ciudad permanente de los ángeles y de los santos. Además, con una cooperación mas generosa podemos acrecentar con nuestros méritos y virtudes la efusión de la gracia misma, y procurarnos de este modo una segunda predestinación mejor. El reino de Dios no es el reino de la envidia, sino el reino de la caridad, y la caridad resuelve en la comunión todas las querellas de distribución y preferencia. Conformémonos con nuestra suerte, y lejos de quejarnos, procuremos hacer buen uso de los dones de Dios. Vosotros, los que estáis en el primer escalon de la acción divina, en el grado en que solo comunica al alma la posibilidad de obrar el bien sobrenatural, no desesperéis del imperio terrible de vuestras pasiones; combatidlas con la certeza de domarlas un día, y menospreciad vuestras mismas derrotas, como menospreciaban los Romanos las victorias de Anibal. Anibal estuvo diez y seis años delante de Roma, al pié del templo de Júpiter Lacial, insultando con su dedo y su mirada la magnífica llanura del Lácio que habia dado nacimiento al pueblo romano. Pero despues de estos diez y seis años de su soberbia dominación, Roma cogió un día á un muchacho de la mano, lo metió en un buque, y le mandó destruir á Cartago: Cartago cayó, y Roma, mientras fué Roma, no volvió á divisar el humo del enemigo. Estáis en la edad del equilibrio entre el bien y el mal, en la edad de la estación, no os pareis; la verdadera estación está en Dios. Hasta que no llegéis á él, no os detengais, no digais: Yo soy perfecto. Cuando seais perfectos, la eternidad lo sabrá, y la eternidad os lo dirá por medio de la muerte. Y si la gracia de superabundancia obra en vosotros, si vuestras pasiones enmudecen ante vuestras virtudes, si sentís en vuestra alma un poco de la tranquilidad celestial, ¡oh! en ese caso, abríos como el fruto maduro, y verted en los otros el bálsamo inagotable de la vida eterna. Pero permaneced humildes, porque la humildad es la conservadora de los dones de Dios. Una mujer célebre ha dicho *que la gloria forma la union entre el cielo y la tierra. Se equivocaba: la humildad es la que une el cielo con la tierra.*